

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 109.—15 de Setiembre de 1874.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

DESDE UN HOSPITAL. (*)

Carta cuarta.

Sres. Redactores de LA VOZ DE LA CARIDAD.

Mis buenos y queridos amigos: En vista de que mi tercera carta pareció comprendida en la prohibición de publicar nada que tenga relación con la guerra, porque me estendía en algunas consideraciones sobre sus víctimas, abogando por los pobres heridos y más aún por los enfermos, que por regla general inspiran menos interés y simpatía, suspendí mi correspondencia con Vds.; pero por severas que sean las órdenes que sobre imprenta rigen, y por inflexibles que se muestren las autoridades al ponerlas en ejecución, me parece imposible que no me sea permitido hacer algunas observaciones sobre lo que se ha llamado por algunos *el abandono de la ambulancia de las Sras. de la Cruz Roja de Madrid*, y decir cómo en su nombre he distribuido los efectos sanitarios que no se necesitaban en el hospital de Miranda de Ebro. No se ha de negar el derecho de defensa en materia que nada tiene que ver con la política ó las operaciones militares; ni puede parecer mal que las personas caritativas sepan que no se perdona medio de que sus dones tengan la más oportuna y útil aplicación.

Veo por algunas cartas, que de resultas de haber cesado la Ambulancia de las Sras. de la Cruz Roja de Madrid, varias personas retiran sus donativos, algunas les niegan sus simpatías, y no falta

(*) Este artículo debió publicarse en el número anterior, pero lo impidió el retraso del correo en que vino.

quien les dirija algun cargo. Como la limosna es voluntaria y la simpatía espontánea, nada diré, pero de los cargos sí, porque la justicia es obligatoria y todos tienen derecho á reclamarla.

Los frutos de la calumnia tienen que ser venenosos; las que se han dirigido á la Cruz Roja, han dado los suyos. Conocidos son del público, que se ocupa algo de estas cosas, los atentados de Galdames y Orduña; cómo los servidores de nuestra ambulancia estuvieron para ser asesinados por la plebe carlista de aquella ciudad; y cómo el Marqués de Valdespina no permitió que salieran los dos coches que pasaban por el territorio que ocupa. Inútiles han sido cuantas gestiones se han hecho para que los devuelva. Al remitir á su campo y bajo la salvaguardia de la Cruz Roja, un donativo de efectos sanitarios, nuestro encargado en Bilbao creyó que era buena ocasion para rescatar los carruajes y envió dos mulas, que tambien se han quedado por allá; parece que se les permitia salir creyéndolas de alquiler, pero al saber que eran de las Señoras de la Central fueron detenidas, sin que hayan vuelto á poder de su dueño.

La comision de la Cruz Roja de Navarra, que tanto y tan bien ha trabajado, compuesta de personas de diferentes opiniones políticas, y cuya neutralidad era reconocida y respetada por todos, pudiendo sus individuos recorrer entrambos campos sin mas salvoconducto que su bandera, ha tenido hace meses que limitar su accion á las poblaciones, creyendo peligroso salir al campo á recoger heridos: ni el que haya dado mas pruebas de confundirlos á todos en su amor, puede aventurarse ya á prestarles auxilio fuera de las murallas, ó lejos de la proteccion de la fuerza armada.

Dorregaray pasa una comunicacion, diciendo que puede ir la Cruz Roja á Irache á recoger los heridos prisioneros; y no obstante esta órden, los que han ido á buscarlos han sido insultados, amenazados y maltratados, siendo preciso pedir una escolta para que el populacho y la soldadesca carlista no atropellase la bandera de la Cruz Roja y á los que con tanta caridad y tanto valor la han enarbolado en Estella.

¿Qué significan estos hechos? Que es absolutamente imposible, de imposibilidad *material*, que nuestra ambulancia funcione, porque la bandera de la Cruz Roja, lejos de ser una garantía, es un peligro; que, siendo tratada como enemiga, no puede cumplir su mision de neutralidad, y atender igualmente á los heridos de entrambos campos; y finalmente, que caso, muy dudoso, de que encontráramos personas que fueran en los dos coches que nos han quedado, era esponerlas á un riesgo seguro y probablemente sacrificarlas, cosa que en conciencia ni en razon podemos hacer.

Si los carlistas utilizan para sus heridos los carruajes de que por fuerza se han apoderado, dejándoles la fealdad del medio, se cumplirá nuestro fin; los dos coches prestados á la sanidad militar del ejército de la República, han hecho y pueden hacer un gran servicio; y si pudieran hablar y repetir lo que han oido en Orduña y Estella, harian callar á los que nos acusan de haber *retirado la ambulancia*. Compréndase bien; nuestra ambulancia no se ha retirado: de la mitad, que responda el Marqués de Valdespina; la otra mitad funciona como *puede*: lo imposible no obliga á nadie; hemos dejado los carruajes para que se utilicen, hemos retirado la gente, porque nunca tendremos como racional y justo, por curar heridos provocar asesinatos.

Así pues, al que nos niegue su simpatía no hemos de exigírsela; el que nos retire su socorro, está en su derecho; pero no le tiene el que nos acusa por no hacer lo que es imposible que hagamos. Aunque la esperanza de una reparacion y el deseo de no agriar mas los ánimos, hayan sido causa de que nos limitemos á dejar que el público conozca los hechos, creo que no está de mas hoy que saquemos de ellos las consecuencias naturales.

Si algun pobre herido va torturado en una carreta, en vez de ir con la posible comodidad en uno de nuestros coches, si otro se desangra en el campo de batalla por no recibir el pronto socorro que pudiéramos darle, ni somos responsables de las torturas del uno, ni la sangre del otro caerá sobre nuestras cabezas. Dios sabe si hemos trabajado con fe perseverante para la creacion de una ambulancia; Dios sabe si quisimos que auxiliara á *todos* los heridos igualmente, sin distincion del campo de que procedian; Dios sabe si este nuestro deseo se realizó fielmente en el poco tiempo que hemos podido enviar socorros al campo de batalla. Del bien que nos han impedido hacer, que respondan los calumniadores de la Cruz Roja; sobre su conciencia van los dolores que no nos han dejado mitigar; la nuestra está tranquila, aunque aflijido nuestro corazon, no por la injusticia con que se nos trata, sino por los resultados que para los pobres heridos tiene.

Aunque con dos meses de retraso en la noticia, no quiero dejar de decir á las personas de España y del extranjero que nos favorecen con sus donativos, que despues de la batalla de Monte-Muro, llevé oportunamente á los hospitales de Navarra 300 sábanas, 120 camisas, vino generoso, sustancias alimenticias, y trapos, hilas y vendajes, de que estaban muy necesitados. Suprimo todas las impresiones que allí recibí y habia comunicado á Vds., todas las observaciones que me habian parecido oportunas; pero séame permitido decir

á las caritativas personas que confían sus limosnas á las Señoras de la Cruz Roja de Madrid, que no se perdona medio, ni gasto, ni molestia, para que lleguen cuándo y á donde son mas necesarias; séame permitido asegurarles que todo lo que es indispensable en el hospital de Miranda de Ebro se distribuye equitativamente; séame permitido, en fin, implorar la pública caridad en favor de los hospitales de Navarra, necesitados de ropas y efectos sanitarios, y que por el mal estado de las comunicaciones, se hallan en un aislamiento que dificulta mucho los socorros. He dejado organizado el modo de remitirlos con prontitud y seguridad; pero aunque sea triste, es preciso decirlo, hoy nos faltan; y sabiendo que en Olite y Tafalla se necesitan hilas, trapos y vendajes, no podemos remitirlos por hallarse vacío nuestro almacén. Que la activa compasión de nuestros lectores pruebe una vez mas que la caridad verdadera no se cansa, y acuda como solía con sus piadosas ofrendas para aliviar la suerte de los pobres heridos (*).

Se repite de VV.

X.

UN PASEO MATINAL.

I.

El domingo 6 de Setiembre amanece brillante y hermoso. He dormido mal, y sin embargo creo que he dormido demasiado tiempo. El sueño son horas cercenadas á los días harto pocos de la vida, y es una insensatez disminuir voluntariamente lo que tanto se aprecia. Me levanto, pues, temprano y salgo de casa con ánimo de dar un paseo y de gozar algo. ¿No es el goce y el placer el objeto principal de la existencia inútil de una gran parte del género humano?

Son las seis de la mañana. ¿Dónde encontraré á estas horas goce y diversion? Me voy al Retiro.

Al aproximarme á aquel paseo, veo encaminarse mucha gente en la misma direccion. ¿Qué será esto? ¿De cuándo acá está tan invadido de gente bulliciosa mi paseo favorito, cuyo principal atractivo es precisamente la soledad tranquila de sus alamedas y bosquecillos!

Sigo curioso el rumbo de la gente y en breve descubro la causa de tal concurrencia. Hay música en el embarcadero del gran es-

(*) Recordamos á nuestros caritativos lectores, que la Redaccion de LA VOZ DE LA CARIDAD se halla temporalmente, Reyes, 20, segundo derecha, en donde se recibirán hilas, trapos, vendajes, etc.

tanque. La brillante banda del primer regimiento de ingenieros está haciendo las delicias de 800 personas madrugadoras. Me siento á escuchar un rato, porque jamás desdeño la música, aunque sea la cascada guitarra de un ciego.

Estan tocando la batalla de Inkerman, en que el maestro Llorens ha sabido pintar con notas musicales todo un poema de los azares de un campo de batalla. Allí hay estampidos del fuego de los combatientes, quejidos de heridos, cantos fúnebres y marcha victoriosa de triunfo.

Otras veces he oido esa pieza con placer: hoy me causa tristeza. Pienso que mientras aquí se hace alegremente y como objeto de diversion la parodia musical de una batalla, quizás á esta misma hora la hay positiva y sangrienta en los valles Vascongados ó en las montañas de la alta Cataluña, donde los puigcerdaneses estan recordando á Numancia y á Sagunto. La guerra es un fantasma doloroso que nos preocupa á todos y aun debiera preocuparnos mas. Mientras Madrid se divierte en toros, teatros y paseos, allí sufren y quizá sucumben nuestros amigos, nuestros hermanos, y hasta simples soldados desconocidos para nosotros, pobres mártires de un heroismo que apenas tiene admiradores que lo encomien como merece. ¡Qué estrecha cuenta tendrán que dar á Dios los que promueven las guerras ó no contribuyen á terminarlas!

Me alejo triste del embarcadero. Me hace daño aquella música y hasta aquel alegre gentío. El *Retiro* es retiro; es decir, soledad, silencio y meditacion. El que quiera bullicio, que vaya á la Fuente Castellana. El bullicio es una especie de profanacion en el *Retiro*.

Tomo, pues, por las alamedas de la izquierda hácia el antiguo recinto que fue *Reservado* y cuyas encrucijadas conozco muy bien.

Me dirijo á la fuente de la Reina, nombre que ha conservado á pesar de la revolucion democrática que tanto se ensaña con los recuerdos monárquicos. Es aquel un rincon delicioso. Una arboleda majestuosa, de las mas elevadas que hay en el *Retiro*, circunda la espaciosa plazoleta donde está la fuente: hay allí bancos, mesas y casa rústica que es un cafe-lechería. Apenas penetra el sol: la frescura del ambiente matinal, el aroma de una vegetacion lozana, apesar de lo adelantado del verano, y hasta el suave murmullo de la fuente, convidan al descanso en aquel ameno y silencioso sitio.

Pero hoy no era enteramente silencioso. Al acercarme, percibo los sonidos de otra música dulce, bien diferente de la ruidosa del embarcadero: procede del arpa que toca un viejo, apoyado sobre uno de los corpulentos árboles que forman la plazoleta. Hay por allí 15 ó 20 personas en grupos junto á las mesas, tomando chocolate y le-

che. Atraído por el arpa, me siento cerca del músico. No veo ni un solo semblante conocido. Es mejor. Cuando estoy en cierta concentración de espíritu, me contraría la conversacion y hasta el saludo de los indiferentes; prefiero mi papel de observador desconocido, que se ocupa de cuanto ve, sin que nadie se ocupe de mí;

porque para hablar conmigo
me bastan mis pensamientos,

como decía un poeta en su letrilla á la soledad.

Vamos á examinar lo que me rodea.

II.

Me fijo ante todo en el arpista. Es un viejo de cerca de 70 años, que parece extranjero. Su barba blanca, su frente calva y despejada, sus facciones demacradas y rudas y su mirada triste revelan una vida de sufrimientos.

Los niños italianos que recorren el mundo con su arpa ó violin, aunque inspiran compasion, inspiran tambien otro sentimiento penoso, que es el de su abandono, y la sospecha de que haya en su vida mucho del vagabundo y mendigo aventurero: pero el músico que está junto á mi mesilla es un anciano; á su edad no se corren aventuras; debe ser un desgraciado. No toca mal: saca de las cuerdas de su arpa notas melancólicas, que parecen revelar barcarolas de las playas sicilianas ó cantares montañeses de los Alpes. El timbre del arpa, siempre dulce, hace aquí mas dulce impresion.

No puedo resistir al deseo de hablar al viejo. En un momento en que descansa, le pregunto en italiano si lo es.

—Sí, señor, del pais de Nápoles.

—Y ¿cómo ha venido usted desde tan lejos? ¿No tiene usted familia?

—¡Ay, caballero! No todos hacen lo que quieren. Tengo familia y dos hijos queridos, que me esperan allá en mi pais. Soy ya inutil para la pesca y para el campo, y voy recorriendo la España con mi arpa. Si el buen Dios y las buenas almas me favorecen, aún espero volver allá con algun dinerito ahorrado, y esperar tranquilo en mi pais el fin de mis dias, que ya no debe estar lejano.

—¿Es usted muy pobre?

—Lo soy, pero no del todo; otros lo son mas. Mi arpa, aunque vieja ya, es mi capital; con ella gano para vivir.

—¿Y le va á usted bien en España?

—¡Ah! Sí, señor. Los españoles son generosos y buenos. No he hallado mas que compasion, socorro y hospitalidad. Creo que mi

arpa les gusta, añadió sonriendo sencillamente; y eso que como soy viejo, no puedo tocar ya mas que recuerdos de mi pais.

Y como si quisiera darme una muestra de su genio artístico, empieza á tocar un aire triste y cadencioso, de esos que el maestro In-cenga buscaba con avidez y anotaba en su cartera, recorriendo hace algunos años con este solo objeto las montañas de Asturias.

¿Por qué aquella música sencilla tocada por el pobre viejo me hacia una impresion tan profunda y quizás mas dulce que las arrebatadoras armonías de los conciertos del jardin del Buen-Retiro? Sin duda se debia esto á la predisposicion de mi espíritu, al sitio, á la hora y á la persona misma del músico, en quien me parecia ver un sencillo y oscuro mártir de la vida de peregrinacion.

Concluida la pieza, el viejo deja el arpa junto al arbol, se quita el sombrero, y haciendo de él platillo de cuestacion, recorre las mesas con muda peticion de limosna. El artista se convierte en mendigo silencioso; no importuna, no habla, pero su venerable cabeza descubierta y su ademán de súplica modesta escitan la compasion, y de todos los grupos caen monedas en el sombrero. Indudablemente, ó el arpa ha gustado, ó el arpista interesa. Llega á mí, le pongo una moneda, que apenas mira en el momento, pero al retirarse, veo que retrocede y con aire confuso me dice:

—¡Ah! *Il signore s'ha svagliato*..... (se ha equivocado).

Era que habia echado en el sombrero una moneda de plata, y el pobre lo creia error, que honradamente queria reparar, porque no estaba sin duda acostumbrado á recibir mas que monedas de cobre.

Le contesto que no es equivocacion, y entonces su semblante parece iluminarse de satisfaccion. ¡Pobre viejo napolitano!.... El dia será feliz para él. ¡A qué poca costa se puede proporcionar una alegría!

III.

Mientras me ocupaba de mi arpista, ha venido una familia, que se sienta junto á la mesa que está enfrente de la mia. Es una madre, al parecer, una joven y un caballero joven tambien, que, segun su aspecto y ademanes, no debe ser ni su hermano ni su amigo, sino algo mas cariñoso. Parecen personas de distincion. Han pedido chocolate y leche. La joven está estremadamente pálida y solo sus ojos tienen un cerco de tinte sombrío. Su aspecto es triste; sus movimientos, impregnados de cierta lasitud, revelan un precario estado de salud. La madre y el amante la observan y atienden con afanoso interés: no llegan á mí sus palabras, pero creo adivinar que son palabras para consolar y animar á una alma harto abatida. De repente la joven tose y esto alarma á sus compañeros: en un momento en que

esa tos es mas violenta, se lleva el pañuelo á la boca y lo retira presurosa. Paréceme haberlo visto manchado de sangre. ¡Pobre joven! Sin duda es una víctima mas de esa terrible enfermedad de la tisis, que tantos estragos hace en la juventud de las ciudades, y la han traído allí para que respire el ambiente embalsamado de las arboledas, y tome leche nutritiva. ¡Quién sabe si será ya todo inútil! Quizás es un reo en capilla. Su sonrisa forzada parece querer tranquilizar á las personas que la rodean, engañándolas ó engañándose por ese ardiente deseo de vida que se tiene á los 20 años.

Pienso volver otro dia á este sitio. El arpista mendigo tal vez estará aquí en busca de nuevas monedas de plata y con fuerza vigorosa, á pesar de su edad, para seguir su existencia trabajosa; la joven de la tos quizá haya muerto..... ¡misterios dolorosos de la vida! Los acato, sin querer profundizarlos, ante la mano de Dios, que dispone siempre lo que es justo y lo que conviene que suceda, aunque espíritus tan presuntuosos como insensatos quieran desde su ignorante pequeñez pedir inútilmente cuentas á su sabia Omnipotencia.

IV.

Levántase la familia de la pobre tísica y la reemplaza en la mesa otra de tipo muy diferente. Son gente algun tanto pretenciosa al parecer; jóvenes exageradamente peinadas, hombres habladores y madre vulgar. Nada de particular ofrecería esa familia á mi observacion; pero como hablan alto, llega á mi oído una frase que me impresiona. La conversacion versa sobre lo mucho que se divirtieron el jueves último en la funcion con que se inauguró la nueva plaza de toros; y una jovencita, de 17 años segun creo, que parece sencilla, empieza de repente á hablar técnicamente de la lidia taurómaca. «La mejor estocada, dice, fué la de Lagartijo; estuvo admirable »con aquel toro tan receloso al trapo.» ¡Una joven de aspecto tímido, hablando con desenfado de estocadas, de matadores y de pobres animales que no quieren morir!.... Preciso será creer que su charla fuera solo eco vanidoso de lo que hubiera oído á otras personas, pues de lo contrario habria que formar tristes reflexiones sobre ese tipo moral de educacion femenil madrileña.

V.

Oigo luego á mi izquierda otro bullicioso grupo que acaba de invadir la mesa grande del centro. Es, al parecer, una familia entera, en que hay padres, hijos y amigos ó dependientes. Respiran todos franca alegría: son la gente que goza con mas sinceridad del paseo matinal. Presumo sea alguna honrada familia de mercaderes ó

de empleados modestos, que cumplen agradablemente el precepto del descanso del domingo, viniendo á disfrutar de aquel higiénico y económico solaz. Hay en sus semblantes cierto bienestar que parece decir: «Hemos trabajado incesantemente los seis dias de la semana, y nos creemos con derecho y con necesidad de gozar el descanso de este dia.....» ¡Bendito y grato sea el domingo á la gente honrada y laboriosa durante la semana!

VI.

El sol empieza á molestar; van desapareciendo los concurrentes á la fuente de la Reina, pero por final de mi paseo observador ocurre un incidente vulgarísimo. Cae sobre mi mesa una hoja seca, desprendida del árbol majestuoso á cuyo pie estoy sentado. Esta hoja, precursora del invierno que va á despojar á los árboles de su bello ropaje, encierra una sencilla leccion de la inestabilidad de todo cuanto hay en el mundo. Hace pocos meses brotó de la rama al calor vivificante de la primavera; ha tenido una existencia fugaz, pero lozana, con su tallo erguido, su delicado tejido vascular y su verde membrana, que revelan un artífice perfecto: sirvió para absorber los gases nutritivos con que se benefició la sábia del árbol; ofreció belleza á los ojos que contemplaban la arboleda, sombra al caminante fatigado, y alguna vez, cuando soplabla la brisa, hasta produjo murmullo musical. En todo esto habia una existencia material sábiamente dispuesta; llenó su objeto, y cumplido ya, se desprende al primer soplo otoñal y cae al suelo herida de muerte. Nadie ha fijado su atención en esa hoja. Ella, sin embargo, encierra misterios y perfecciones de creación divina, infinitamente superiores á las creaciones humanas más sublimes, y que son la desesperación del hombre que cree saberlo todo y aspira á poderlo todo.

Hoja seca en quien nadie repara, recuerdo de un florido pasado, imagen de una existencia fugaz, anuncio de un fin inevitable, recibo la leccion que me das; y puesto que nadie te hace caso, yo te recojo en mi cartera, bendigo á tu Criador y me retiro triste como vine, pero con tristeza consoladora.

Venia á divertirme y lo he conseguido. Divertirse es gozar, y yo he gozado á mi modo. No he perdido el paseo matinal. Lo repetiré.

Fausto.

UNA GRAN IDEA.

Las crueldades de toda lucha á mano armada crecen con el tiempo como las garras de una fiera. Cada dia que pasa oscurece la luz de alguna verdad, enciende las iras de algun impulso iracundo, trastorna alguna nocion equitativa, despierta algun perverso instinto, arroja en la balanza de la justicia alguna pasion feroz; y cuando han pasado dias y meses y años, se van viendo trasformaciones repugnantes y horribles, vicios que se propagan y virtudes que se extinguen, y la guerra hacer al mismo tiempo víctimas, mártires y monstruos.

En la prolongacion de la impía lucha que nos devora, pueden verse los progresos de la injusticia; y entre otras mil desdichadas pruebas, la falta de respeto á la bandera de la Cruz Roja, no hace muchos meses égida segura, hoy enseña inútil ó peligrosa para el que la lleva; aquel hermoso lema: *Los enemigos heridos son hermanos*, no parece ya, como en otros dias, cosa natural y sencilla; la caridad halla mayores dificultades cada vez, y se llama generosidad magnánima al simple cumplimiento del deber: síntoma fatal, porque quien encomia las acciones vulgares, muy cerca está de disculpar las perversas.

Pero la caridad en la guerra no es uno de esos pensamientos que nacen para morir; no es antorcha que se apaga como luz en pozo inmundo, ni ángel que se vuelve al cielo por no hallar en este valle de lágrimas corazones donde pueda morar la inspiracion divina; no: pasará la calumnia y la pasion, y la caridad en la guerra no pasará: aunque no le fuera permitida ninguna manifestacion material, viviria en algunas nobles almas, como fuerza sagrada que se conserva religiosamente para ser trasmitida á otra generacion menos culpable y desdichada. No lo es tanto la nuestra que la caridad en los campos de batalla sea solamente una aspiracion: aun en medio de los horrores de la guerra civil, sus apóstoles tienen fe y perseverancia; ningun obstáculo les detiene; ningun desengaño los descorazona. ¿Qué importa que su bandera no sea respetada? Mientras su corazon ame, la idea triunfa.

Nuestro amigo el doctor Landa escribia no hace muchos dias: «Si no podemos llevar una ambulancia, hemos abierto un hospital; »si un camino se nos cierra, encontraremos ciento; si una buena obra se nos prohíbe, haremos otras mil. Ya que tiene V. la bondad »de desear todavía mis consejos, proponga á ese comité (el de las se-

»ñoras de la Cruz Roja de Madrid) un medio de influir, no ya des-
 »pues de la batalla sino en el furor de ella, introduciendo, allí don-
 »de solo reina el odio y la ira, un interés favorable á la humanidad.
 »Tal objeto me propongo con el proyecto que por medio de Doña
 »Concepcion Arenal he remitido á V., para la institucion de pre-
 »mios á los que protejan la vida de los heridos y á los camilleros
 »que mas trabajen.»

El proyecto del infatigable amigo de los heridos es dar en cada batalla cuatro premios de á mil rs., dos en cada campo, uno á los portadores de la camilla que mas trabaje, otro al que proteja la vida de un enemigo herido.

Por demás está el decir que la idea es hermosa, santa; que será fecunda en beneficios; y que todas las dificultades que puedan oponerse á su realizacion serán facilmente superadas, si se adquiere el convencimiento de su importancia. La Cruz Roja no puede emplear sus fondos de un modo que responda mejor á la elevada idea en que tiene su origen. Si nuestra ambulancia no puede llegar á los campos de batalla, aún le es dado á nuestra compasion penetrar en ellos, y estimular la del soldado camillero y la del valiente que protege la vida de un enemigo por tierra. Al ofrecerlos un premio, no solo pueden salvarse algunas vidas, sino que se proclama la escelencia de la caridad, se enaltecen los sentimientos generosos, se consolida en las conciencias que lo necesitan el vago sentimiento de respeto al herido y la santa idea de no ver en él mas que un hermano.

Esperamos que el pensamiento, depositado por nuestro escelente amigo en manos de las señoras de la Cruz Roja, caerá como buena semilla en tierra fértil; esperamos, no solo que será por ellas convertido en un hecho, sino que servirá de ejemplo, que será imitado por asociaciones é individuos que tienen medios para realizarle. Dichosos los poseedores de bienes de fortuna que les permiten llevar su compasion al campo de batalla, y recordar á los hombres que son hermanos, en el momento en que mas lo olvidan culpables y crueles.

Concepcion Arenal.

HOSPITALIDAD EN LA ZONA DEL NORTE.

Ha llegado á ser general creencia, en fuerza de estudiarlo y predicarlo los escritores, que en nuestras provincias septentrionales, comenzando por la falda Sur del Pirineo y concluyendo en el cabo

de Finisterre, existen diferencias esenciales marcadísimas en el ramo de beneficencia, sea por las condiciones del suelo, sea por las razas casi primitivas que lo habitan, ó por sus peculiares costumbres é historia, que se destacan en la general de España desde los primeros siglos, y muy marcadamente desde el reino pirenaico, desde Sobrarbe y Pamplona hasta Covadonga. Uno de los caracteres distintivos de estos pueblos cántabros se advierte en la importancia, profesion y manera de ser de sus establecimientos piadosos, en favor de los enfermos y de los niños de padres desconocidos ó abandonados.

No es mi propósito ahora, pues hay mucho escrito del asunto y fuera impropio de un artículo de viaje, detenerme á enumerar los hospitales y fundaciones caritativas que existen en las provincias del Norte: limitaréme á esponer una consideracion que varias veces me ha ocurrido, recorriendo las casas de beneficencia de estas comarcas y que en la actualidad veo confirmada en la de Santander. Además de hallarse los hospitales bien establecidos y montados, choca desde luego que no esperimenten los apuros de los que viven exclusivamente mantenidos del presupuesto del Estado, del provincial ó municipal: y es que generalmente los sostiene y da vigor la caridad de los naturales, con sus cuantiosas y frecuentes donaciones. Este es el hecho que hoy deseo consignar, discurriendo de paso acerca de las causas que pueden esplicarlo, sin ofensa de los demás distritos.

En Guipúzcoa hay dos establecimientos provinciales para enfermos y desvalidos; uno en Tolosa y el de la Misericordia de San Sebastian. Quien haya penetrado en ellos ha podido notar en sus tránsitos y galerías la multitud de inscripciones conmemorativas de grandes limosnas y donativos extraordinarios hechos á la casa por naturales generosos y compasivos; los hay tan crecidos, que se cuentan por miles de duros y por millones de reales. Acabo de visitar el hospital de Santander, fundacion de su Obispo Menendez Luarda, y he sido informado de que su sosten y surtido, despues de la aglomeracion de heridos y enfermos que trajo á la ciudad pocos meses hace la guerra civil, tan ensangrentada en Avanto, se debe muy particularmente á la caridad de los vecinos y á sus importantes donativos. Y como en otras comarcas del interior y del Mediodía esto no sucede, siente el observador necesidad de esplicarse la diferencia respondiéndole á esta pregunta: ¿en qué consiste que en las provincias que dan al Cantábrico brillen tantos rasgos de benéfica largueza?

Aunque á primera vista parezca difícil y complicada la resolucion

de la tesis, cuesta poco encontrar algunas causas abonadas para descifrarla, por mas que entren en el problema otras concausas que piden mayor meditacion y detenido exámen. Creo que basta con reflexionar sobre las inclinaciones de estos pueblos marítimos, sobre su manera mas comun de allegar riquezas considerables, y acerca de las personas á quienes son debidas las limosnas y donaciones.

Sabido es que los habitantes de estas costas, por la continua presencia del mar y movidos por el ejemplo de antepasados y coetáneos, son muy propensos á dejar el suelo natal, ánsiosos de ganar en luengas tierras lo que no puede rendirles el cultivo de su erizado y pobre terreno. Y cosa notable, las gentes que parecen menos atadas á su cuna, pues la dejan con facilidad, son las mas celosas, valientes y entusiastas en sostener la gloria é independenciam de su patria. Gallegos y asturianos en Portugal y el interior de España, montañeses y vascos hácia el continente americano y en especial hácia nuestras Antillas, sostienen una emigracion constante que de tal modo afecta á la nacion española, que ha sido asunto de grandes estudios para los estadistas, motivando comisiones, proyectos y disposiciones legales, impotentes para desviarlos del camino á que los lleva el interés, el hábito y hasta el instinto.

Entre los muchos que periódicamente marchan á Cuba y otros puntos, sucumben no pocos á los golpes del cambio, de las epidemias y males endémicos; algunos mas no salen de la triste condicion de trabajadores sin fortuna; y únicamente algunos pocos allegan riquezas mas ó menos considerables, con las que vuelven ufanos á su pais, perpetuando la admiracion de sus paisanos y manteniendo el cebo para que se precipiten otros en la corriente emigrante. Que el hombre, por su naturaleza flaca, ve mejor y se fija de preferencia en las improvisadas felicidades de unos cuantos, que en la adversa suerte y desdichas de los mas; el pesimismo no estraña los males generales y admira como milagroso un lote de buena ventura.

Llegados á su lugar estos ricos de poco acá, conocidos con el nombre de *indianos*, lo primero con que procuran ostentar el caudal adquirido con su laboriosidad, economías y miserias, ó sea con sus facultades adquisidoras prepotentes, es edificar una casa ó palacio que los distinga; construcciones alguna vez lindas, si se pusieron en manos de un arquitecto competente, y no pocas veces estravagantes, costosas, sin brillo, si las dirige el mismo dueño; porque son cosas muy diversas tener el chichon de enriquecerse y poseer dotes de belleza y de buen gusto: he dicho el pensamiento á medias; no solo es diferente la adquisitividad del gusto á lo bello, sino que, por

lo comun, son mas acumuladores de caudal los que menos saben de ciencia y arte, porque, indoctos, no se distraen del material interés. Ha dicho bien un escritor moderno, que para hacerse rico estorba el talento.

Despues de haber edificado los indianos sus quintas y parques, suelen fundar una obra pia, sea por saldar algunas malas cuentas, sea para acallar las murmuraciones de los envidiosos; primero una escuela, y como complemento de su benevolencia á los paisanos, hacen en vida notables ofrendas á los hospitales ó les dejan por testamento crecidos legados. No todas las limosnas tienen este origen, que ya hay buenas almas y escelentes corazones que, sin haber cruzado el Atlántico, destinan gruesas sumas á la beneficencia; pero lo principal y mas granado de las rentas y sosten de los asilos de los pobres, se debe á los que trajeron ó heredaron de América fortunas considerables. Es de presumir que minoren con el trascurso del tiempo estas fuentes de prosperidad individual, decreciendo por consecuencia los medios de mantener con desahogo los establecimientos benéficos de las provincias del Norte; hoy por hoy llevan ventajas á los de otras comarcas, y algo hemos indicado del por qué.

Del Sardinero (Santander), 24 de agosto de 1874.

Fermin Caballero.

LOS GALLEGOS.

El vulgo de Madrid cuenta, entre otros epítetos que espresan su indignacion ó su desprecio, uno que es, por decirlo así, el *non plus ultra* de toda cuestion de plaza ó calle. ¡Gallego! es un nombre que usa sin discernimiento y solo con la dañina intencion de herir al que le aplica, sea gallego ó asturiano. No me detendré en el error geográfico, ni apelaré contra él en favor de mi patria Asturias; porque un pais donde ha habido poetas como Pastor Diaz, y ángeles de caridad como la Condesa de Mina, honran á cualquiera que nazca en su seno.

Injusta por demás es esa nota semi-infamante, que arrojan á frentes oscurecidas por el trabajo y las penas, pero nunca por la maldad ó el crimen.

La historia de los llamados *gallegos* es muy sencilla é interesante. En su niñez han disfrutado venturas que no se compran con oro; han jugado sobre hermosas alfombras de cespced y flores; corpulentos robles los resguardaban de los rayos del sol; las fresas y zarza-

moras les ofrecian sabrosos frutos; y aquí la fragante madre selva que se enlaza á los árboles reflejándose en el arroyo ó en la fuente, allá el rio claro y caudaloso los distraian dulcemente, ó bien conmovia su tierno corazon la grandeza indescriptible de las nevadas montañas ó del borrascoso mar. Pasada ¡ay! en breve esa edad tranquila y dichosa, llegó la juventud con sus cuidados y sus deberes. Los padres ancianos, la mujer y los hijos careciendo de la comodidad precisa, les hacen pensar que aquel suelo tan querido y tan hermoso es ingrato para ellos, y se destierran voluntariamente, y dicen adios á su familia y á sus alegrías. ¿Sabeis lo que dejan allá? Su corazon. ¿Sabeis lo que los sostiene aquí en medio de la injusticia y el escarnio? La satisfaccion de cumplir con su deber, y la esperanza de volver á su pais. El aguador, el mozo de cuerda, por mas prosáicos que os parezcan, son dignos de aprecio, y hasta de respeto: mártires del trabajo, no entran nunca en los tumultos populares, y en esos dias desdichados siguen tranquilamente su camino, como quien está seguro de su mision. Esta indiferencia no es la del autómeta, porque piensan y discurren, generalmente con claridad y acierto; y esta cualidad será, sin duda, la que los aleja de las utopias y de los fanatismos, tan perjudiciales al pobre como al rico.

Los niños, á quienes rara vez engaña su instinto recto, nos dan á entender, con la simpatía que les demuestran, que son dignos de consideracion, y ellos los tratan siempre con agrado y dulzura. Tal vez estos pequeños seres afortunados les recuerdan sus pobres hijos ausentes.

Con una cantidad algo mayor de la que pueden reunir en muchos años, trabajando hasta enfermar unas veces y otras hasta morir, podrian volver á su pueblo y proporcionar el bien estar y la dicha á su familia querida. Quizá entregais á uno de ellos, cuando este pensamiento le abate y le desvela, un baul con valores de consideracion; él sabe lo que contiene y parte solo; pero no tengais cuidado, su honradez le acompaña, y con su buen sentido sabe por intuicion que el dinero mal adquirido nunca se disfruta en paz.

¡Cuántas veces, cuando veo á uno de estos infelices con una pesada carga, escesivamente superior á sus fuerzas, me pregunto, si no habrá un medio que haga que, sin malgastar su vida, pueda ver cumplida su esperanza, que es el volver á su pais con los suficientes ahorros para comprar algun trozo de terreno que dé pan á sus hijos.

¡El deseo de propiedad! esta ambicion tan natural al hombre y tan santa, que cuando se ha tratado de combatirla, la moral y la familia han salido tan mal tratadas como la propiedad misma.

¡Triste alternativa la suya! ó ver llegar en el destierro la vejez

con sus achaques y sus desencantos, ó quizá morir jóven, por exceso de trabajo!

Si de tanta gente como malgasta su vida en ambiciones inútiles ó criminales, hubiera una persona modesta y buena que estudiase el modo de que estos infortunados se instruyesen en la agricultura, hasta el punto de que con menos trabajo hiciesen producir mas á la tierra; si ilustrasen su buen sentido dándoles la fuerza del saber, que es la gran palanca humana, ellos emplearian ó inventarian máquinas que, obedeciendo á su voluntad, los librarán de ese trabajo penoso que embota la inteligencia y los empuja al vicio cuando la esperanza se apaga, cuando el desaliento los vence. Se podría decir de ellos lo que el célebre pensador inglés Gray en el cementerio de aldea: «¡Cuántos de estos infelices que yacen aquí en la oscuridad, se hubieran hecho célebres y hubieran ilustrado á su patria, si se les hubiese educado!»

Niños todos, pobres y ricos, vosotros, que pareceis á veces duros y malos, yo sé que es fácil conmoveros y que os sentís noblemente orgullosos cuando os hacen comprender que habeis sido buenos: cuando veais uno de estos mártires del trabajo y del deber, no le trateis con despego, antes bien, cededle con consideracion el mejor sitio para que pase; si no, el ángel de la guarda abandonará vuestro lecho y tendreis sueños sombríos, porque vuestra conciencia no estará tranquila. La felicidad no consiste en las riquezas ni en la ambicion satisfecha, ni aun en querer y ser queridos, sino en el cumplimiento de los deberes, y el mayor es compadecer, respetar y auxiliar la desgracia.

En cuanto á ese niño grande que se llama vulgo, que nos empuja en las calles y se burla de nuestros hijos cuando alguna imperfeccion los desfigura, ¿por qué disfruta en hacer daño? ¿Por qué insulta á los infelices? ¿Es que es malo porque es desgraciado? ¿O es que es desgraciado porque es malo? Yo creo que es malo porque es vulgo, y que es vulgo porque está sin educar.

Ahora se me ocurre que si algun niño lee estas líneas me dirá, con la lógica implacable que los distingue: «¿Pues cómo el vulgo es malo porque está sin educar, y los que llaman gallegos son buenos aunque tambien lo están?»

Porque estos, hijo mio, le contestaria yo, tienen dos ideas grandes, salvadoras: el amor á la familia y el amor á la patria.

Emilia Mijares de Real.